

El tempo educativo

Jesús María Ayuso Díez

*Catedrático de Filosofía de Enseñanza Media.
Miembro del Instituto E. Mounier.*

*Lo que aprendes al saberlo
es un saber de la vida
cuando es un sabor del tiempo.
(José Bergamín)*

Con este título de resonancias musicales quiero dar rienda suelta a algunas impresiones que, desde hace tiempo, me tientan con mudarlas en reflexiones sobre la educación, columna vertebral de una cultura, inseparables ambas en su raíz. Inspiradas por el ambiente y forzadas por la práctica en la que, a diario, uno procura no perderse, estas rápidas notas no se asientan en ningún libro blanco ni en documento cualquiera, sino en la multicolor televisión.

Es común admitir que la nuestra es una sociedad más culta que otras anteriores, pues que, en términos estadísticos, es mayor el número de quienes tienen o pueden tener acceso a la información. Frases de este cariz cocinan la salsa con que se condimenta nuestra cotidiana dieta informativa y formadora. ¡Lástima que no sea del todo verdad! No es que accedamos a la información, sino que es ella la que viene a nosotros e incluso nos asalta (sin entrar en el peliagudo asunto del filtro al que previamente se la somete en bien de nuestra higiene mental, claro es). Además —y esto es un tópico tan común como el anterior—, no es evidente que la acumulación de saberes

(en el mejor de los casos) se transforme en conocimiento, en saber, en sabiduría (serias palabras éstas, demasiado graves para un tiempo que, como el nuestro, ha hecho no de la risa, sino de la chirigota, su mueca más inteligente). Cabe sospechar, con visos de acierto, que la extensión informativa oculta una profunda falta de hondura formativa. Es frecuente denunciar como causante de tal situación el interés técnico o pragmático que guía a nuestro sistema educativo y a su reforma, o reformas —que uno ya le ha perdido la cuenta al número de proyectos que jalonan su parto—. Tampoco es esto lo que quiero resaltar. Como he dicho, me ceñiré a la televisión, emblema de todos los medios de difusión y de nuestra cultura. Tampoco pretendo manchar el papel con nuevas condenas de lo que se ha dado en llamar la telebasura. No es que la ignore ni que la apruebe. Me limito a constatar su existencia y a preguntarme por qué es la que goza de mayor aceptación. A riesgo de señalar obviedades, y a sabiendas de que malos tiempos son éstos en los que hay que subrayar lo obvio, afirmo que lo que nos sucede es que tenemos destrozado el paladar. ¿Destrozado el paladar? ¿Qué paladar? Vayamos al grano. La TV no es sólo una nodriza, es también un síntoma, y como tal nos interesa aquí.

Empecemos recordando otra obviedad que expresaré del modo siguiente, aunque parezca exagerado: en nuestras casas, donde antaño veíamos bendiciendo la imagen santa protectora, hogaño colocamos la TV. Hasta el punto de que incluso nuestro ritmo de vida, cuando somos nosotros quienes podemos marcarlo, queda supeditado a sus tiempos: comemos con los informativos, merendamos al son del resultado del partido, nos acostamos cuando finaliza la película o el concurso y hasta acomodamos la satisfacción de nuestras necesidades fisiológicas a las interrupciones publicitarias. Si la oración del hombre moderno es la lectura matutina del periódico, nuestro Angelus es la programación televisiva.

Pero esta nueva liturgia posee sus peculiaridades. La primera y, a mi entender, más significativa es que anula el tiempo por disolución de la humanidad del hombre en espectador. Me explico. La sala de *estar* se inunda de la presencia poderosa e imponente de la imagen y el murmullo interminable de la emisión: no es raro asistir a conversaciones que se apagan cuando se apaga el receptor, como si ese rumor suyo de fondo sostuviera la tertulia. Pero no nos engañemos, no es ésta la función esencial de la televisión. Es decir, no está ahí para fomentar nuestra comunicación, sino

DÍA A DÍA

Paul Cézanne, *El pueblo de Gardanne* (fragmento).



para impedirla. Ante ella, en ella nos sumergimos, de modo que nos envuelve en una suerte de burbuja en la que nos acolchonamos y nos aislamos, mas no para concentrarnos en nosotros, sino para disolvernarnos por fusión con lo emitido. Su efecto es nuestra diversión o versión hacia fuera de nosotros mismos, en un desapego que no es otra cosa que inmersión en lo que ha pasado a ser nuestro propio elemento. Nuestro ser se desvanece hasta quedar constituido no ya por la misma materia que los sueños, sino por la más vaporosa –a la vez que más taimada– de la televisión. La realidad es la que ésta nos cuenta. No es que ella nos cuente lo que en realidad pasa; al revés: lo que pasa realmente pasa porque pasa por ella. Con lo cual, en pleno apogeo del *zapping*, la resistencia que toda realidad como tal opone queda reducida o vencida merced al simple gesto de pulsar un botón. Si la voluntad desarrolla su fuerza en la brega con los obstáculos, no cabe dudar de que hoy nuestra voluntad reside en nuestro dedo ya cosido al mando

a distancia. ¡Nuestro poder de ingresar en la realidad, todo él en un dedo, y nuestro esfuerzo por cambiarla, atrofiado en la pulsación digital! No es de extrañar, por ello, que nuestra acción y nuestra libertad sólo conozcan el horizonte de la instantaneidad con la que cambiamos de realidad televisada o encendemos y apagamos el receptor: después de todo, tener prisa es no tener tiempo. Lejos los empeños de largo alcance, las acciones de continuado esfuerzo, aquella paciencia histórica de los luchadores que, impacientes de utopía, no cejaban, aunque sabedores de que una vida –la propia e irrepitable– podía no dar de sí lo suficiente, pero también convencidos de que los afanes se nutren del tesón y de que la propia humanidad, la de cada quien, se realiza en el empeño puesto. La dignidad de un talante así es el sabor de fondo que sabe apreciar cierto regusto incluso en los mismos disgustos, pues que *se* saborea a sí propio, pues que *se* siente como esa dignidad que *se* crece hasta en la derrota.

Para que la vida alcance esa cima en que la sabemos *nuestra*, necesita del poso que sedimenta en memoria, tiempo que inventa futuros y *se* recrea en sí mismo, *se* goza de sí en un *yo* que se yergue heredero de una tradición, cuyo olvido es ni más ni menos que su propia pérdida, la de sí propio (quien olvida su tradición es, más bien, el olvidado por ésta). Tradición que demanda ser recordada, esto es, depositada en el corazón hondo de un cuerpo que crece porque se sabe responsable de una memoria que, sin su carne, cae en la sombra del olvido.

Ahora bien, saberse memoria, saborear el tiempo, significa *sentir* que uno mismo no es su propio origen (significa, sin más, *sentirse*); significa que el nacimiento no es anterior al yo, sino que éste, el yo de cada quien, está marcado por su nacimiento. Decir que yo nací significa afirmar que hay lo anterior a mí, que algo me precede, pero significa también que en ello arraigo. Secundariedad y arraigo, ambas se reclaman en el hombre. Su yo es la tensa unión de ambos. Basta con que uno falte, para que su yo se esfume. Si sólo existe el sentimiento de la pertenencia, nuestra humanidad se disuelve en los elementos en que sus raíces penetran y que por sus venas circulan (existe toda una mística al respecto). Si, por el contrario, es el sentimiento de la secundariedad el que domina, la propia limitación se hace notar hasta el punto de aniquilar por extenuación al propio individuo (también este exceso conoce sus adeptos). El arte de la educación consistirá en articularlos ambos y en llenar de contenido el nombre propio al que configuran. Sólo así nos será dado recuperar nuestro paladar. **A**